



# M<sup>LOS HÉROES</sup> MALDITOS<sup>S</sup>

SERIE ÉPICA

Primera edición,  
Septiembre 2009

Copyright © Alfonso Cea Camisón  
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial  
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS  
EPICOS**

GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11  
Portal 4, 3ºB, 29190  
Puerto de la Torre, Málaga  
Tlf: 951 93 11 34  
info@mundosepicos.es  
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-936919-8-1

Ilustración de cubierta: JAVIER CHARRO  
Ilustraciones interiores y mapa: JOSÉ ANTONIO RANDO  
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma  
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,  
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://losheroesmalditos.mundosepicos.es>



# M LOS HÉROES MALDITOS

VOLUMEN II

EL SACRIFICIO  
DE LAS ALMAS GEMELAS

ALFONSO CEA





## PRÓLOGO

**A**maiya estaba nerviosa. La oscuridad la rodeaba, y tan sólo inquietantes jirones de bruma le hacían compañía, moviéndose sin viento, atravesando su cuerpo sin que ella lo notara. Estaba en un lugar sin límites, donde la palabra «nada» alcanzaba todo su significado. Miraba con atención a las tinieblas que se extendían frente a ella, pero ni el elfo con vista más aguda habría podido distinguir lo que ella veía.

—¡Por Goi! —exclamó de pronto—. No dejes que vaya solo, Galvain. ¡Alua! ¡Acompáñale!

«No deberías alterarte tanto, Amaiya» —dijo una voz muy cercana, aunque ninguna figura se observaba junto a ella.

—¿Pero es que no ves lo que están haciendo? —respondió a la invisible voz—. No deberían separarse.

«Has dado tu vida para que ellos puedan tener otra oportunidad, pero eso no significa que les puedas decir qué decisiones deben tomar».

—¡Pues debería poder! —protestó torciendo el gesto—. Me deben mucho.

«Es cierto. Nunca podrán compensar la deuda que han contraído contigo. Pero debes ser justa. No lo hiciste por ellos, sino por tu padre y por tu pueblo».

—Argh —exclamó Amaiya mientras se tiraba de los pelos—. Lo sé, lo sé, no hace falta que me lo repitas cada dos por tres. No lo soporto.

«Pues deja de comportarte como una niña malcriada».

—¡No soy una niña! —gritó Amaiya—. Tengo casi trece años, y tú no eres quién para decirme cómo debo comportarme. Sobre todo teniendo en cuenta tu egoísmo.

«¿Mi egoísmo?».

—Claro. Estás aquí, conmigo, cuando te necesitan en Brerinn.

«Aquí se me necesita más».

—Tonterías. Tu pueblo, tu padre y tu hermano te necesitan mucho más. Te quedas conmigo porque no quieres dejarme sola en este lugar.

«¿Y eso te parece mal?» —preguntó con tristeza la voz.

—¡Sí! —volvió a gritar Amaiya, enfadada. Pero su expresión enseguida cambió—. Bueno, en realidad, no. Aquí me aburriría mucho si tú no estuvieras.

«No te preocupes —dijo la voz al ver la expresión de pena en el rostro de la niña—, por el momento me quedaré contigo. Todavía nos quedan por comentar todas las hazañas de nuestros héroes favoritos, ¿y con quién ibas a discutir todo lo que hacen si no es conmigo?».

—Sí, eso es cierto —dijo la pequeña esbozando una triste sonrisa—. No lo están haciendo demasiado bien por el momento, ¿verdad?

«Sobrestimas sus habilidades, Amaiya. Yo creo que se están desenvolviendo bastante bien».

—¡Oh, vamos! —exclamó la niña—. Derain, Gildarion y Galvain van a Galador y no consiguen acabar con Latz, pese a tenerlo delante de sus narices. El muy *ttakuseme* tiene ahora todo el poder de uno de los mayores reinos humanos bajo su control.

«Deberías tratar de no utilizar ese tipo de lenguaje, Amaiya».

—Además, van a mi poblado, y casi organizan una masacre. Menos mal que mi hermano Inyol supo controlarse a tiempo, que si llego a estar yo en su lugar les hago el *zatiketa* a todos.

«Afortunadamente, ha demostrado que tiene dotes para ser un buen Nagus. Lo hizo muy bien, y además les permitió unirse a los zalgis. Sin duda les serán de gran utilidad en el futuro».

—Pues a pesar de eso Milnowel ha caído. No han conseguido evitar que la Bruja la destruya.

«Dalilah es demasiado poderosa para ellos, Amaiya. Por lo menos lograron detener la guerra entre enanos y elfos».

—Para lo que les ha servido... —dijo con sarcasmo resignado la niña duark—. Los elfos y los enanos están prácticamente masacrados, Derain está incapacitado, Galvain y Gildarion son tan estúpidos que se separan cuando más necesario es que permanezcan juntos.

«Creo que estás siendo demasiado dura con ellos, Amaiya».

—¿Tú crees? —preguntó la niña sorprendida—. Pues espera a oír lo

que opino del resto, porque acabo de empezar: Dharon tiene la maldición duark sobre sí, por si no le bastara con estar enamorado de Aslara por culpa de su curación. No sé qué es lo que le pasa a esa mujer, porque cada vez que toma una decisión se equivoca, por Goi. A estas alturas debería ser capaz de controlar mejor su don, y no comprometer el alma de Dharon de esa manera. Además, sus continuas peleas con Ralish son de lo más irritante. Aunque claro, a veces la comprendo, porque lo del mago es desesperante; se va a meter en el Templo de Ukumba sin saber que Dalilah le está siguiendo los pasos en todo momento, el muy *lelua*.

«Cuando te enfadas tus palabras se convierten en auténticas dagas envenenadas, Amaiya. Deberías aprender a controlar mejor tu mal genio».

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —replicó la niña, furiosa—. ¿Acaso mi alma puede sufrir un castigo más duro que el que me está tocando vivir, ver todo lo que ocurre sin poder hacer nada para remediar los errores que cometen? —la voz no le contestó, y el rostro de la niña fue pasando de la rabia a la resignación con rapidez—. Lo que sucede es que el peso de sus pecados todavía es muy grande en sus almas, y así les va. Además, tienen demasiados problemas personales entre ellos, y si continúan como hasta ahora, no creo que alguno de ellos tarde mucho en venir a hacernos una visita.

«No estaría mal que fueras un poco más optimista, Amaiya».

—¿Optimista? —repitió mientras su joven rostro volvía a mostrar enfado—. El primero que desperdicie la vida que le he otorgado va a descubrir que existe algo peor que la maldición que pesa sobre sus almas, ya lo verás.





## CAPÍTULO XXI

### EL TEMPLO DE UKUMBA



**J**arvil rezongó para sus adentros una vez más. Sabía que esto iba a pasar, sabía que su predicción se iba a cumplir, pero no por eso se encontraba mejor. Como bien había vaticinado, la excitación de volver a la aventura y de encontrarse durmiendo al aire libre no duró mucho tiempo, y en cuanto pasaron un par de días durmiendo al raso, su cuerpo empezó a protestar haciendo que le dolieran todos y cada uno de sus reblandecidos músculos. Su espalda había empezado a solicitar con insistencia una cama que sabía de sobra iba a tardar mucho tiempo en volver a probar. Tres días habían pasado desde que el grupo se había separado, y el aguacero espectacular que le había despertado hacía tan sólo unas pocas horas le había dejado aterido de frío, contribuyendo a alterar su estado de ánimo. Volvió a rezongar, mientras trataba de darse calor cubriéndose con más fuerza con su empapada capa, pero no lo hizo demasiado alto, pues aunque el frío le calaba todos los huesos, no era comparable con la frialdad que había a su alrededor.

Hacía dos días que nadie le dirigía la palabra. Sus intentos de mantener una conversación con sus compañeros de viaje resultaron totalmente inútiles. Durante el primer día charló con el mago de forma prolongada, respondiendo a todas las preguntas que le formuló en relación al libro de Dalaran; pero al día siguiente notó que había algo que preocupaba a

Ralish, pues sus intentos de mantener una charla chocaron con respuestas educadas, breves y frías, sin darle pie a que se explayara en ningún tema. Después trató de mantener una conversación con la mujer, ya que cuando estuvo en su posada le pareció por lo menos abierta a la conversación. Pero ya no. Parecía evidente que algo terrible le había pasado en el transcurso de estos pocos días desde que se habían separado. Ya no hablaba con el resto del grupo, y la tensión se palpaba de forma constante, afilada como un cuchillo. Algo tenía que ver con Dharon, pero al duark no se le veía más que para dormir con ellos, y aun en esos momentos lo hacía apartado de todos. Llegaba el último para dormir, y se marchaba el primero antes de que llegara el alba.

Jarvil agradecía que llegara la mañana, porque las noches eran sin ninguna duda el peor momento de cada jornada. La primera noche la había pasado asustado, prácticamente sin poder pegar ojo, mientras veía cómo a su alrededor sus compañeros dormían con el sueño más agitado que hubiera visto en su vida. A excepción del mago, el resto se debatía en sueños inquietos: el duark y la mujer murmuraban constantemente, a veces de una forma tan similar que parecía como si compartieran una misma pesadilla.

Pero a Jarvil le asustaba el bárbaro. Hablaba por las noches, pronunciando palabras que se oían con claridad en la oscuridad reinante. Así, supo que algo había pasado con Melgior, algo en verdad escalofriante, pues a veces el bárbaro gritaba de terror su nombre sin poder evitarlo. El posadero sabía que Melgior era otro Héroe Maldito, pues, al igual que el resto, salía en las crónicas y en las leyendas que había leído sobre ellos. Su ausencia en el grupo ya era de por sí bastante significativa, pero después de escuchar los gritos pronunciados por el bárbaro, Jarvil tuvo muy claro que no sería muy adecuado preguntar por el destino del Ladrón Maldito a sus compañeros. Lo más terrorífico de todo el asunto era que, a pesar de los gritos que profería Thorvik, ninguno de sus compañeros despertaba.

Cuando llegó la mañana del tercer día desde la separación, la situación se hizo prácticamente insostenible. El mago (Jarvil no se atrevía a decir su nombre ni siquiera cuando pensaba en él) se había levantado más tenso que nunca, y estaba claro que algo había pasado que no le gustaba demasiado, ya que miraba en ocasiones en la dirección por la que habían venido, pensativo, como si buscara respuestas a preguntas que Jarvil no quería ni imaginar. Thorvik notó el estado del mago, y cuando

le preguntó qué había pasado, el mago le contestó en voz baja algo que Jarvil no pudo oír, pero que hizo que al bárbaro se le tensaran todos los músculos del cuerpo, y dándose la vuelta, se preparara para partir sin decir ninguna palabra más.

Por si fuera poco, más tarde ese mismo día el terreno por el que transitaban cambió, y del bosque pasaron gradualmente a una zona pantanosa de la que parecía no iban a salir en la vida. «Y así estaban las cosas», pensaba el posadero mientras tosía de nuevo e intentaba no quedarse atrapado en el asqueroso cenagal al que habían entrado. Para no continuar teniendo esos pensamientos tan deprimentes, Jarvil intentó centrarse en los aspectos excitantes de la situación en la que se había visto involucrado. Era compañero de viaje de los Héroes Malditos, y eso hacía que en ocasiones esta aventura se volviera fascinante. Thorvik iba delante, haciendo las veces de guía, y era increíble observar su forma de moverse. Lo realizaba de tal manera que caminaba sin apenas dejar rastro por un auténtico lodazal. Sus andares eran felinos como los de una pantera, y Jarvil hubiera jurado hasta ese mismo instante que lo que estaba haciendo el bárbaro era imposible de realizar por un hombre. Tras él cabalgaba el mago, montado en Trumoy, el negro zalgi del pueblo duark, dejando un claro rastro por donde pasaba, pero sin hacer ningún ruido de más. Luego iba él con su fiel montura Jurko, tratando de estorbar lo menos posible; y un poco más atrás venía Aslara, junto a su zalgi Beldots, con su capucha echada y sin que se le pudiera ver el rostro. No mucho después venía el duark en retaguardia, pero a Jarvil le pareció que estaba más preocupado por la mujer, de la que no apartaba los ojos de su espalda, que de evitar que dejaran un rastro visible. Habían estado así durante todo el día, sin dirigirse la palabra para nada, hasta que llegaron a una ligera colina a la que el barro no cubría por completo, donde por primera vez en todo el día no tuvieron que fijarse en el lugar en el que ponían los pies.

Ralish ordenó el alto para comer, y Jarvil suspiró aliviado. Por fin tenía algo que hacer en vez de pensar. Procuró que sus monturas tuvieran un buen lugar donde descansar, les dio agua y de comer, y luego se puso a preparar la comida del resto. Ninguno protestó porque se cuidara antes a los animales. Sabían de sobra que, si no se los cuidaba bien, la alternativa consistiría en andar todos los días sin descanso alguno. Tampoco ninguno intentó preparar la comida. Tanto Thorvik como Aslara se habían ofrecido a prepararla en el primer día de marcha, pero Jarvil no

estaba dispuesto a dejar que alguien se entrometiera en su terreno. Con más firmeza de la que había mostrado hasta ese instante, les dejó bien claro que ésa era su tarea, y que él no necesitaba la ayuda de ningún otro. Afirmó que ya que habían sido tan amables al llevarle con ellos, era lo mínimo que podía hacer. Tras ese comentario, ninguno se inmiscuyó en sus tareas.

Pero tras esa fachada de firmeza, se encontraba la verdadera razón por la que no permitía que le ayudaran. De hecho, Jarvil pensaba que era una razón bastante estúpida, pero para él era muy importante. Si no realizaba él mismo el trabajo, una congoja cada vez mayor se adueñaba de él. Y no le gustaba esa sensación. Su vida había cambiado drásticamente; habían destruido su posada, las personas a las que quería habían sufrido daño por su culpa, y sobre todo, sabía que las cosas nunca más volverían a ser igual que antes. Notaba en lo más profundo de su ser que su etapa de tabernero había acabado, y que nunca volvería a estar al cargo de una posada. Si alguien le hubiera preguntado hace una semana qué era lo peor que podría sucederle, no habría dicho algo muy diferente a su situación actual. Y, sin embargo, aunque la angustia le superaba en ocasiones, aunque él mismo se despertara por las noches llorando de rabia y de dolor, aunque pensara mil modos diferentes en los que podría haber hecho las cosas, no se derrumbaba. Porque, a pesar de pensar en ocasiones en darse la vuelta y abandonarles, Jarvil en realidad quería acompañarles. Era un narrador de historias, y él ahora estaba formando parte de la más grande aventura que pudiera imaginar, participando en persona en una de las historias que habitualmente contaba a sus parroquianos. Era un sueño que siempre había tenido, algo que siempre había deseado realizar, y si algo caracterizaba a Jarvil cuando escuchaba una buena historia, era saber cuál era su final. Era una de las claves de un buen Cuentacuentos, y a la historia de los Héroes Malditos le faltaba su desenlace. Y en estos momentos, por mala que fuera la situación, conocer ese final se había convertido en el mayor anhelo de su curiosa alma.

Además, por muy mal que lo estuviera pasando, sabía que era el que mejor estaba de todos los presentes. «Mal de muchos, consuelo de tontos», rezaban los parroquianos con frecuencia al pasar por su posada. Y aunque le diera vergüenza admitirlo, a pesar de que ésa fuera una conclusión que no le dejara en muy buen lugar, al menos le servía de alivio.

Y mientras Jarvil comenzaba a preparar la comida, a su alrededor, en unas rocas en forma de semicírculo, se había reunido el resto del grupo. No era lo habitual, ya que en los días anteriores cada uno había comido apartado del resto, pero en esta ocasión Ralish los había llamado.

—Bien —dijo mirándoles—. Hasta ahora he permitido que cada uno se concentrara en sí mismo e hiciera lo que le diera la gana. Todos tenemos problemas a los que enfrentarnos, y la soledad es mejor remedio que otros que conozco para hacerles frente. Pero se acabó, ya es suficiente. Dentro de unas pocas horas vamos a llegar al Templo de Ukumba, y no voy a consentir que continúe la situación actual. A partir de ahora vamos a ser lo que debemos ser. Un equipo unido en el que poder confiar y en el que podamos apoyarnos en los momentos de necesidad. Así que si alguien tiene algún problema, ahora es el momento de discutirlo.

A Jarvil este comentario no le pareció la manera más diplomática de empezar una reunión con dicho objetivo, pero se hubiera enfrentado él solo a toda la Guardia Negra antes de levantar su voz y expresar su desencanto al mago.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —intervino Thorvik. Como vio que Ralish le invitaba a que se explicara, continuó—. Me refiero a lo de confiar. Tenemos demasiados conflictos entre nosotros como para que se dé esa confianza. Por ejemplo, no tenemos ni idea de a lo que nos vamos a enfrentar. Bueno —rectificó—, excepto tú, claro.

—Bien —dijo Ralish—. Ahora os pensaba contar todo lo relacionado con Dalaran y este templo, pero acepto que mi trato en lo que se refiere a información podría haber sido, digamos, un poco más amplio.

Aslara bufó sin poder contenerse. Ralish la miró de una forma atroz. El silencio que siguió a continuación fue casi violento. Jarvil estaba tan nervioso que se olvidó que estaba preparando la comida.

—De forma resumida —siguió al fin—, Dalaran controlaba a los Dragones con la ayuda de un colgante que llevaba siempre con él. De esa forma se hizo invulnerable a sus ataques o, por decirlo de otra forma, prácticamente invencible. Pero un día, por culpa de una mujer, qué casualidad —comentó el mago con un tono muy intencionado—, cometió el estúpido error de quitarse ese colgante para enfrentarse a un dragón, y éste acabó con él. Su tumba se encuentra en el templo al que nos dirigimos. Por lo que se sabe, el colgante se encuentra en ella. Nuestra misión es entrar en el templo, apoderarnos del colgante e irnos. Con su ayuda

podremos enfrentarnos al dragón de Kordoch, y podremos cumplir con nuestra tarea encomendada.

—Parece sencillo —dijo Thorvik—. Eso quiere decir que probablemente será casi imposible que salgamos con vida de dicho templo. Dime una cosa, mago: ¿no está protegido ese collar?

—Colgante —le respondió el mago con impaciencia—, no collar. Por supuesto que lo está. Por lo que me ha contado Jarvil —dijo entonces señalándole, lo que hizo que el posadero, al notar la mirada de todos centrada sobre él, volviera frenético a centrar su atención en la comida, que, por cierto, se le había casi quemado por su despiste—, mucha gente ha ido en su búsqueda, sobre todo enanos. Pues como ya os dije, fueron los dos Dioses Hermanos los que crearon el colgante, y cuando murió Dalaran, fue a los enanos a los que se encomendó la tarea de guardarlo hasta que llegara la hora en que el colgante fuera necesitado de nuevo. Pero cuando los enanos perdieron a uno de sus dioses, muchos vinieron en su búsqueda debido a que en ese colgante se encuentra el poder de su Dios perdido. También muchos humanos han venido, aunque en este caso haya sido más bien debido a la codicia o al ansia de poder tan característico de su raza.

A Jarvil le pareció sorprendente el hecho de que Ralish hablara de semejante manera de los humanos. Parecía distanciarse de ellos, como si no se incluyera dentro de la raza a la que pertenecía. «Aunque claro —pensó con un escalofrío—, quizás ese último punto no estuviera tan claro como pareciera, tratándose de Ralish».

—Por último —terminó el mago—, Jarvil dice que el lugar está encantado y poblado por los espectros de los que han fracasado.

—¿Y eso es todo? —preguntó Thorvik más aliviado que hace un momento—. Porque si es de fantasmas de lo que estamos hablando, entonces no habrá mucho problema.

—Algo más habrá, seguro —dijo el mago—. No creo que esos espectros nos creen muchos problemas, pero habiendo una protección de enanos de por medio, creo que debemos estar preparados para algo mucho peor.

Jarvil había palidecido durante la última parte de la conversación.

—Disculpad mi pregunta, mis señores, pero, ¿qué puede haber peor que los espectros?

—Pues algo mucho más tangible, para empezar. Y que en verdad tenga poder para acabar con nosotros.

—Pe... pero los espectros pueden pararte el corazón mediante el terror. E incluso algunos pueden poseerte y hacer que te suicides. E incluso conocí a un tipo que afirmaba...

—No temas por ellos, mi buen Jarvil —interrumpió Ralish—. No tienen ningún poder sobre ninguno de nosotros. De hecho, desde un punto de vista algo rebuscado se podría afirmar que nosotros mismos también somos espectros. Y ningún espíritu maldito tiene poder real sobre otro espíritu maldito.

Jarvil palideció ante las palabras del mago. Mientras volvía a la preparación de la comida de forma apresurada se decía a sí mismo: «Estúpido, estúpido, estúpido. Eso te pasa por preguntar».

Ralish, pensativo, se quedó mirando al posadero mientras éste se alejaba.

—Me temo que quizás haya cometido un error al traerlo con nosotros —dijo en voz baja para evitar que el posadero le oyera—. No sé si será muy buena idea el meterle en el templo. Quizás debería mandarle a Brerinn para que se uniera a los otros, aunque no me agrade la idea de mandarlo sin protección.

—¿Brerinn? —preguntó Aslara—. ¿Qué es lo que hacen en Brerinn, mago? ¿No deberían estar en Milnowel?

—Deberían, mujer. Deberían. Pero me temo que han fracasado en la misión que tenían, y Milnowel ha caído en poder de Kordoch. Ahora mismo el caballero y el enano se dirigen hacia la ciudad de la luz para tratar de enmendar su error.

—¿Qué? —exclamó la mujer—. ¿Qué significa eso? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Y qué ocurre con Gildarion?

—No puedo daros demasiados detalles, pues no sé nada con certeza. Y la verdad, aunque pudiera, eso no cambiaría las cosas. Milnowel ha caído, y la tarea que tenemos por delante es cada vez más complicada. Con respecto al hijo de Telvanyar, sólo puedo deciros que no ha muerto, aunque no ha abandonado la ciudad junto a sus compañeros.

—Maldita sea, *mago*. Aunque sólo sea por una vez, trata de explicarte un poco. ¿Qué significa que ha caído? ¿El ejército orco la ha tomado, o los enanos han tenido algo que ver? ¿Y qué significa eso de que Gildarion no ha abandonado la ciudad? ¿Y cómo sabes que Galvain y Derain se dirigen a Brerinn?

El mago miró a la mujer fijamente antes de responder.

—Mujer, te he dicho exactamente lo que sé. Kordoch ha tomado Milnowel. No sé nada de los enanos. No sé qué sucede con Gildarion, y con respecto a los otros dos, no voy a explicarte ahora cómo consigo la información que obtengo; pero ten por seguro que tengo preguntas mucho más importantes que las tuyas a las que dar respuesta, así que deja de hacerme perder el tiempo y concéntrate en lo que tenemos que hacer.

—Has dicho que ésta era una reunión para intentar solucionar nuestros problemas, ¿no es así? Pues no creo que así lo vayas a conseguir, mago —espetó furiosa—. Lo que sí has conseguido es una cosa. Que esté harta de ti y de tus métodos. Nos tienes dando vueltas por aquí y por allá sin darnos una maldita explicación. Si lo que querías era librarte de mí, lo has conseguido. Te voy a hacer un favor y así conseguirás ver cumplidos tus deseos por partida doble. Yo acompañaré a Jarvil a Brerinn.

—¡Por los Dioses, mujer! —exclamó iracundo el mago poniéndose en pie—. Te puedo asegurar que no habría cosa en este mundo que más me satisficiera que alejarte de mí mandándote con Jarvil a Brerinn. Lamentablemente, tu insensatez otra vez te vuelve a jugar una mala pasada, pues vuelves a centrar tus pensamientos en tonterías en vez de hacerlo en lo que es verdaderamente importante. No puedes irte a Brerinn. Y no puedes hacerlo por culpa de tus estúpidos actos anteriores. Con lo que hiciste a Dharon el día pasado te has convertido en una extensión suya a todos los efectos, pues estás unida al duark de un modo que todavía no puedes llegar a comprender.

La incomprensión se había adueñado del rostro de la mujer, y eso lo vio Ralish.

—¿No lo entiendes, verdad? No entiendes de qué te estoy hablando. Pues déjame que te dé una *explicación*, ya que tanto ansías recibir una. Después de tu gloriosa actuación en lo referente a la curación de Dharon, pusiste en peligro la misión, como ya te recordé el otro día. Te advertí que te habías unido demasiado al duark, pero le restaste importancia. Pues bien, cuando estuvimos en el poblado duark prestamos juramento a su Nagus, y eso nos unió a su pueblo a todos; pero en tu caso, debido a la curación, la unión fue mayor. Pero como no te habías quedado a gusto con tu anterior acto, decidiste en un momento de lucidez contarle tu «historia» con la esperanza de arreglar tu anterior desaguisado. Y ahí ya acabaste de estropearlo del todo. Porque la hebra que ya estaba fuertemente unida en vosotros ha quedado atada de forma definitiva, con todo lo que ello implica. No puedes separarte de Dharon, ni él de ti aunque

quisierais. Os buscaréis el uno al otro de una forma mucho más profunda que los amantes más enamorados. Incluso sabiéndolo, os sentiréis atraídos inconscientemente el uno por el otro, y en cuanto os separéis más de unos metros, el dolor os impedirá actuar con sensatez y cometeréis imprudencias que pueden llevarnos a la perdición. Y, desgraciadamente, necesito las habilidades de Dharon para lograr nuestro objetivo en el Templo de Ukumba, ya que no pienso que sea muy recomendable el entrar yo solo con Thorvik al templo, así que no puedo darle permiso para que os acompañe a Brerinn. En el caso de Dharon su inocencia y su ignorancia le pueden excusar; pero en el tuyo, mujer, dime: ¿qué excusa tienes?

—¡Yo sólo hice lo que pensé que era lo correcto! —dijo ella levantándose a su vez y encarándose con el mago.

—¡Sí, *pensaste*! —exclamó con furia el mago. Se calló durante un momento mientras la tensión entre ambos rezumaba en el ambiente. Thorvik escuchaba asombrado la discusión mientras que Dharon parecía sufrir por las consecuencias de la disputa, y se agarraba el estómago como si estuviera padeciendo una gran molestia. Fue Ralish el primero que cambió su expresión, y la tristeza pareció invadirle mientras continuaba dando su explicación en un tono mucho menor—. *Pensaste*, y ése fue tu error. Porque *pensaste* que tu don era algo tuyo y que sólo te incumbía a ti, y *pensaste* que tu independencia y tu orgullo eran más importantes que rebajarte a pedir ayuda; y cuando ya no pudiste salvar ni lo uno ni lo otro, *pensaste* también que tu honor era lo más importante que te quedaba. Pero lo que no *pensaste* fue en las consecuencias de tus actos.

—Sí lo hice, Ralish —dijo a su vez ella con vehemencia, pero bajando a su vez la voz—. Te lo juro por lo que más quieras. Te juro que en lo único que pensaba era en arreglar mi fallo y en conseguir que nuestra misión continuara adelante.

—Lo sé, Aslara. Lo sé perfectamente. Pero sigues sin ver las consecuencias. ¿O qué pasaría si yo ahora mencionara a Latz?

Thorvik no entendió a qué venía ahora hablar del discípulo de Kordoch. Pero cuando observó el rostro de Aslara supo que algo malo pasaba. Su rostro se alteró en un rictus de furia de una forma muy poco natural. Dharon también se sujetó la cabeza con la mano. Cuando volvió a mirar a Aslara, el espasmo de furia había dado paso a una mueca de miedo.

—¿Qué clase de magia ha sido ésa, Ralish? —preguntó con voz asustada.

Pero fue Dharon quien contestó:

—Es todo culpa mía —gimió—. Es la maldición. La maldición de mi pueblo que empieza a hacer efecto. He temido que pasara esto desde el primer día, y mis temores finalmente han resultado ser fundados. Todo culpa mía —repitió.

El silencio volvió a reinar entre los Héroes Malditos. Incluso Jarvil ya no disimulaba que preparaba la comida, y escuchaba con ojos desorbitados la conversación que se estaba dando ante él.

—Dharon —llamó Aslara mirando fijamente al duark. Éste levantó la vista hasta encontrarse con los ojos de la mujer. Si vio comprensión o amabilidad en esa mirada, nadie lo supo nunca—. Explícate, por favor.

—Yo ya lo conté cuando os conocí —dijo mirando a todos como si buscara una justificación que sabía iba a ser muy difícil de conseguir—. En la posada, mientras me curabais, narré cómo había arrojado una maldición a Latz por todo el daño que había realizado a mi pueblo. Le arrojé la daga, pero fallé. Conforme pasaba el tiempo llegué a pensar que igual me había equivocado y había conseguido acabar con su vida, pero desde hace no mucho sé que no es así. Está vivo, y la maldición ya está en marcha.

—¿Pero en qué consiste exactamente esa maldición? —preguntó Thorvik poniendo los pensamientos del posadero en su boca.

Durante un momento pareció que el duark no iba a responder, pero tras unos instantes de silencio prosiguió con su historia.

—¿Os acordáis del pozo que visteis en vuestra visita a mi poblado? ¿Aquel que estaba permanentemente guardado por cuatro guardianes? Pues bien, al ser al que se le imponga la maldición del pueblo duark le espera el peor de los castigos, pues al morir su alma estará condenada a servir a mi pueblo hasta que éste desaparezca, y permanecerá guardada en ese pozo mientras nuestra raza la necesite.

—De acuerdo, es una maldición muy poderosa. ¿Dónde está el fallo? —insistió el bárbaro.

—Para que la maldición funcione el duark en cuestión debe tener su rostro al desnudo, y no tener ninguna duda acerca de la justicia de su maldición. Entonces, por un momento tiene el poder de toda la raza duark y le permite capturar el alma de esa persona en cuestión cuando ésta muere.

—¿Cuando muere? —preguntó Thorvik sorprendido. Y entonces la comprensión se abrió paso en su cabeza—. Pero Latz no murió.

—Exacto —dijo apesadumbrado Dharon—. El que arroja la maldición tiene que estar completamente seguro de que va a matar al ser que maldice. Yo tenía una daga imbuida con un poder especial para no fallar mi disparo, pero...

—Pero falló —acabó Aslara.

—Sí. Ahora todo el poder que desaté contra ese ser no llegó a cumplir su función, y va a empezar a exigir que se cumpla.

—Y para eso debes acabar lo que empezaste.

—Exacto. Porque el poder que le arrojé a Latz sigue en él, pero sólo puede actuar cuando éste muera. Al no morir, empieza a volver a mí, exigiéndome su muerte, y cada vez ese apremio será mayor. Si no consigo acabar con él en la luna siguiente al momento en el que lo maldije, algo espantoso nos sucederá —dijo temblando mientras miraba a Aslara.

—¿Algo espantoso?

—Sí. Todo ese poder almacenado se liberará. Las consecuencias para mi pueblo serán fatales, causando con casi total seguridad el final de la raza duark. El alma del culpable de que eso suceda será condenada y castigada por Goi en el más cruel de los destinos.

—Entonces, si lo he entendido bien... —empezó Thorvik.

—... si no acaba con Latz antes de que se cumpla una luna desde que arrojó esa daga, será el fin de toda la raza duark. Además, su alma quedará a merced de la venganza de un dios que habrá perdido a todo su pueblo —acabó Ralish por él. Todos se quedaron asimilando el significado de esas palabras, pero el mago no había terminado—. Lo más divertido de esta situación es que parece que ha contagiado a Aslara.

Todos se quedaron anonadados al oír las palabras del mago. Al duark, pese a llevar la máscara puesta, se le notó cómo palidecía visiblemente para, acto seguido, echar rodilla en tierra frente a Aslara.

—¡Perdonadme, mi señora! —suplicó el joven—. Os juro que aceptaría gustoso que cayera sobre mí toda la maldición de mi pueblo si hubiera imaginado por un solo instante que habría sido posible imponeros esa carga.

—¡Oh, vamos! ¡Levántate, Dharon! —exclamó el mago exasperado—. Ahórranos la escena dramática, por favor. Ella se ha buscado lo que le ha pasado, así que no debes martirizarte por ello. Además, tenéis tiempo de sobra para ir a Galador y acabar lo que empezaste; pero antes haréis lo que

habéis venido a hacer aquí, que es bastante más importante. Y no olvides que lo que de verdad debería preocuparte no es si ella está contagiada por la maldición duark, sino si ella te ha contagiado *a ti* la suya.



Jarvil ya se había resignado. Iba a morir en cualquier instante, de eso no cabía duda. No iba a volver a ver ningún amanecer, tan seguro como que se llamaba Jarvil.

La atmósfera era opresiva y angustiosa. El desánimo y el abatimiento habían calado hondo en la compañía. El terreno en el que se encontraban parecía un calco del estado de ánimo del grupo: oscuro, debido a que los árboles no dejaban pasar la luz del día, escasa ya de por sí gracias a las negras nubes que poblaban el cielo; pantanoso e inestable, temiendo siempre que el próximo paso pudiera ser el último; húmedo y viscoso, hasta tal punto que en ocasiones al aire le costaba llegar a los pulmones, y que convertía cada respiración en algo angustioso. Jarvil se empezaba a hacer a la idea de que su maravillosa vida estaba llegando a su fin.

Añadido a estos funestos augurios, un pensamiento inquietante se había adueñado de su corazón. Si era cierto que el duark se podía haber contagiado y haberse convertido en un héroe maldito, ¿podría pasarle a él lo mismo? ¿Se podría convertir en Jarvil, el posadero maldito? Ya se imaginaba el castigo que le impondrían los dioses. Servir en una posada apestosa y abarrotada de orcos y otros monstruos, obligado a darles de beber y comer para toda la eternidad, soportando sus humillaciones y vejaciones sin poder hacer nunca nada para evitarlo, y sin recibir ni siquiera una alabanza hacia sus platos o un «gracias» cuando les sirviera sus bebidas... Ahora que lo pensaba, en la última comida que había preparado, ninguno de los Héroes Malditos se había dignado a darle las gracias. ¿Estaría ya empezando a estar maldito? Eso debía ser. Se tocó el corazón con su mano derecha, para cerciorarse de que todavía estuviera latiendo. Sintió el latido, pero le pareció un poco raro. ¡No era justo! Él no se merecía esa maldición... y justo en ese instante, le cogieron del brazo y tiraron de él con fuerza.

—¡Anda con cuidado, Jarvil! —le espetó Aslara mientras cogía de las riendas a Jurko y señalaba el suelo frente a él—. Ibas directo a esas arenas movedizas como un inconsciente.

Jarvil sólo pudo parpadear para salir de su ensimismamiento.

—Gracias, mi señora —logró articular al fin.

—Déjate de gracias y procura mantenerte con vida, que no me apetece tener que preparar de nuevo las comidas después de encontrar un cocinero tan bueno como tú.

El posadero tan sólo pudo repetir su parpadeo.

—Continúa la marcha, Jarvil, y no te despegues de la espalda del mago si no quieres convertirte en comida de sanguijuelas.

El posadero miró las gordas sanguijuelas del tamaño de su mano que había por todas partes, y decidió entonces que le apetecía volver a ver el sol. Y que, desde luego, si tenía que morir, que fuera en un sitio mejor que en el que se hallaba. Rápidamente se volvió a colocar tras Ralish, dispuesto a no volver a perder su estela. Durante una hora nada pasó, pero, sin saber el momento exacto, Jarvil comprendió que algo nuevo estaba sucediendo. La apatía había dado paso a una tensión expectante en todo el grupo, pero no sabía decir la razón de tal expectación. La situación era la misma: oscuridad, humedad, suciedad y un aire malsano. No —rectificó—, el aire no era igual. Ahora entraba frío en los pulmones. Mucho más frío, de hecho. Y el silencio. Un silencio tan palpable como el barro que tenía adherido por todas partes. Se acercó más al mago, hasta casi pegarse a él. Junto al mago se había colocado Thorvik, espada en mano, mirando a su alrededor como si esperara que sucediera algo en cualquier momento. Tras Jarvil se habían acercado Aslara y Dharon, y por primera vez en días los cinco compañeros estaban apiñados en unos pocos metros. Los zalgis se mostraban cautos en su avanzar, con sus orejas completamente enhiestas, como si buscaran algo que no supieran muy bien dónde se encontraba. Sin embargo era su propio caballo, Jurko, el que más problemas estaba causando. Piafaba nervioso, obviamente asustado, y las caricias del intranquilo posadero no conseguían calmar ni a uno ni al otro. Trumoy, el caballo de Ralish, tuvo que girar su cabeza y emitir un sonido para conseguir que Jurko dejara de hacer ruido, aunque Jarvil notaba cómo su caballo todavía temblaba. No mucho después, Ralish se detuvo de golpe.

—Dejadnos pasar —dijo en voz alta, y aunque Jarvil buscó curioso con su mirada a la persona a la que se estaba dirigiendo, no logró verla. De pronto se le ocurrió que quizás no fuera una persona a lo que estaba hablando, y su curiosidad desapareció rápidamente, dando paso a un fervoroso deseo de no ver lo que fuera a lo que se estuviera dirigiendo Ralish. El mago no había dicho más, y permanecía en silencio, escuchando.

—No —dijo al fin—. No retrocederemos. Venimos a por el colgante, y no nos iremos sin él.

Jarvil no había oído al interlocutor del mago, y sin embargo era obvio que alguien le estaba hablando. Miró al resto de sus compañeros, que mantenían sus miradas fijas en un punto situado justo frente a Ralish, y por sus rostros era obvio que también estaban escuchando a quien hablaba. Hizo ademán de empezar a hablar con Aslara para preguntarle qué pasaba, pero ésta se le anticipó y con un dedo en sus labios le indicó que permaneciera en silencio.

—Desconozco quién es ese elegido del que habláis, pero aun así entraremos en el templo a por ese colgante, con vuestro permiso o sin él.

La respuesta que le dieron no pareció gustarle demasiado, pues se retiró la capucha de su cabeza dejando su rostro descubierto, y dijo con cólera en su voz:

—No nos dan miedo vuestras amenazas, espíritus, pues vuestras armas no tienen poder sobre nosotros. Haríais mejor en temerme a mí, pues tengo el poder de castigar vuestras almas de tal forma que desearéis volver a esta pálida existencia de la que ahora disfrutáis.

Jarvil notó que a su alrededor el aire empezaba a temblar de una forma que le recordó a sus años de viajero, cuando visitó los desiertos más calurosos del continente. La única diferencia con aquella situación era que, en este caso, era el frío el que causaba dicho efecto. Su aliento se volvió visible, sus dientes empezaron a castañear debido al intenso frío que le golpeó como un puñetazo. Pero no duró mucho tiempo. Pronto la temperatura volvió a los niveles anteriores, y sólo cuando Ralish empezó a moverse de nuevo sin volver su mirada hacia el resto de sus compañeros, Jarvil comprendió que se les había permitido el paso. El posadero sabía lo que había sucedido, o por lo menos sabía que muy dentro de su cerebro había una parte que sí lo comprendía; pero cuando intentó acceder a esa parte de su mente ésta le gritó que dejara de pensar en esas cosas si no quería volverse definitivamente loco, y Jarvil, prudente y sensato como siempre, se hizo caso a sí mismo y dejó de pensar en ello.

La marcha volvió a iniciarse a un ritmo muy pausado a través de la jungla pantanosa. El grupo ahora iba más unido que nunca, con pequeñas distancias entre sus monturas, aunque nadie habló ni se hizo comentario alguno sobre lo sucedido. Al cabo de poco rato, llegaron a un gran claro en el que pudieron ver de nuevo las grises nubes sobre sus cabezas. Jarvil suspiró aliviado, pues pese a ser un día oscuro, no era nada compa-

rado con la oscuridad que habían dejado atrás. El suspiro probablemente fue el más breve de su vida, ya que cuando su mirada pudo centrarse en lo que tenía ante él, descubrió con espanto que por fin habían llegado a su destino. El legendario Templo de Ukumba se alzaba ante él.



Thorvik no se encontraba ante el templo que él esperaba. Se había formado una imagen en su cabeza de un templo enorme, majestuoso, espléndido, elevándose en el cielo por encima de los árboles mostrando su poderío; pero en cambio se había encontrado con el edificio que se hallaba frente a él, en el que tales adjetivos quedaban bastante fuera de lugar. No cabía duda de que los enanos lo habían construido, aunque no podría asegurar el tiempo que el templo llevaba en pie. Apenas sobresalía del suelo unos pocos metros, y el bárbaro supo en cuanto vio su tamaño que ahí dentro iba a tener que andar encorvado. Parecía haber sido excavado directamente de la roca, pues se intercalaban trozos en los que no se diferenciaba de una roca normal con otros de elaborada complejidad, en los que las piedras formaban intrincadas formas o figuras. La vista se perdía en cuanto se miraba hacia los lados del templo, pues éste se alargaba en ambas direcciones hasta mezclarse de nuevo con la jungla, por lo que sólo pudo sacar en claro que iba a ser muy difícil encontrar un colgante en esa superficie tan extensa. Dedujo rápidamente también que el templo no crecía hacia arriba, ya que por lo que conocía de los enanos, habrían cavado hasta llegar a sitios tan profundos en los que los seres que allí habitaran sin duda no habrían visto nunca la luz del sol. El radio de búsqueda se acababa de multiplicar sobremanera.

Pero primero deberían buscar la puerta que les permitiera empezar la búsqueda, porque comprobó rápidamente que no había ninguna abertura a la vista que les dejara entrar en el templo. No se separaron, sino que sin ninguna razón concreta todos se dirigieron hacia la derecha del claro del que habían surgido, caminando en paralelo al templo buscando su entrada. No pasaron más que unos instantes cuando Thorvik notó que delante de ellos un arco de no gran tamaño parecía invitarles a entrar. Ralish le hizo un gesto con la mirada, y supo lo que tenía que hacer. Indicó al resto del grupo que esperaran mientras él iba a echar un vistazo con su

espada desenvainada. Apenas se había acercado unos pasos a la abertura cuando adoptó rápidamente una posición defensiva con su espada, pues la entrada tenía un guardián. Thorvik se separó un poco de la pared que formaba el templo buscando más ángulo para poder ver mejor a su oponente. Ante él se encontraba un enano de aspecto impresionante. Estaba situado un par de metros dentro del templo, y la oscuridad le cubría casi por completo. Se hallaba de pie, apoyado con ambas manos sobre un hacha de guerra de doble filo de aspecto sobrecogedor. No hizo ningún movimiento pese a la cercanía del bárbaro. Thorvik no supo qué hacer. Pensó durante un momento que se encontraba ante una estatua, pero enseguida desechó esa idea, porque el hacha estaba perfectamente afilada y lista para su uso. Bajó el filo de su espada indicando su intención de dialogar. Pero antes de que pudiera decir nada, el enano habló.

—¿Quién osa perturbar la tumba de Dalaran?

Thorvik volvió a levantar rápidamente su espada, pues aunque fue el enano el que había hablado, ni un solo músculo de su boca se había movido, y la voz que había escuchado no pertenecía a un ser vivo. Estaba buscando una respuesta adecuada cuando comprobó que Ralish se ponía a su lado y se hacía cargo de la situación.

—Somos aquellos destinados a luchar contra Bakar hasta que su presencia en este mundo sea erradicada. Necesitamos el colgante de aquel que luchó contra sus Dragones para conseguir cumplir con nuestra misión.

—Sois los compañeros del destinado a devolver el poder de nuestro Dios caído a este mundo —replicó el enano en cambio—. ¿Por qué no viene con vosotros?

—¿El destinado? —preguntó Ralish. El enano no le contestó por lo que el mago continuó, pensando una respuesta rápidamente—. Si os referís a Derain Lök Urnain, no se encuentra en estos momentos entre nosotros. Está ayudando al pueblo Enuidiri a luchar contra Kordoch, el discípulo de Bakar.

—Sólo al elegido para soportar tal carga le será permitido el paso —anunció al cabo de un rato de silencio.

—Nosotros venimos en su nombre. Dejados pasar.

Otro rato de silencio aumentó la tensión de forma notable.

—Deberéis superar la prueba que demuestre que sois dignos de merecer tal honor —dijo al fin en un tono completamente neutro.

—Estamos dispuestos a ello —replicó el mago agarrando con firmeza su bastón, sin que ninguno de ellos dudara en ningún momento del

tipo de prueba a la que un enano se referiría. A su lado, Thorvik volvió a adoptar posición defensiva; y al otro lado del mago se colocaron Aslara y Dharon, preparados para repeler cualquier posible ataque. Jarvil, como había sido convenido con anterioridad, se quedó alejado junto a las monturas.

No pasó nada. El tiempo pasaba y la situación no variaba, pero ninguno de los héroes movió un músculo. Y de pronto, Thorvik escuchó un sonido surgido del interior del templo. Al principio era muy débil, pero conforme pasaba el tiempo iba aumentando en intensidad. Algo se acercaba. Fuera lo que fuera, no era sólo una cosa. El sonido adquirió un ritmo inquietante, lo que unido al efecto amplificador del túnel no ayudó a que la situación se hiciera más llevadera. Su llegada se hizo inminente. A ambos lados del enano guardián empezaron a surgir enanos en formación de combate que rápidamente rodearon al grupo de Héroes. Llevaban sus armaduras de combate al completo, incluyendo los famosos cascos de guerra enaniles, cubriendo sus cabezas de tal forma que sólo dejaban al descubierto sus barbas de diferentes tamaños y tonos. Sus ojos no eran visibles, lo que les daba un aspecto realmente amenazador. Veinte fueron los enanos que rodearon al grupo con sus relucientes hachas de batalla, aunque ninguno de ellos atacó. El guardián había permanecido en su puesto sin mover ni un músculo mientras los enanos rodeaban al grupo, pero, una vez que el cerco se hubo completado, volvió a hablar.

—Éstos son los enanos que lograron llegar hasta este templo con la esperanza de devolver al mundo el poder de nuestro Dios caído. Todos ellos fracasaron y por ello se han convertido en lo que son. Verdugos que castigan a aquellos que demuestran ser indignos de entrar en el Templo de Ukumba.

—Nosotros demostraremos que somos dignos de entrar, guardián —intervino Ralish—. Lánzalos contra nosotros cuando quieras.

—No me habéis comprendido, Ralish, *Destructor de Razas* —el tono había sido completamente neutro, pero aun así el mago torció el gesto al oírse llamar de semejante manera—. Ellos no son la prueba. Elegid a uno de vuestros compañeros para que se enfrente a mí. Si me vence, podréis pasar.

Thorvik vio cómo el mago se quedaba francamente sorprendido ante las palabras del guardián. Su gesto se relajó ostensiblemente, olvidando su expresión de disgusto anterior. Le miró y le hizo un gesto para que se encargara del duelo. El bárbaro no necesitó más. Dio un par de pasos y

se dispuso a esperar a que su contrincante se le acercara. Éste por fin se puso en movimiento, y sus primeros pasos fueron dados con una lentitud extrema, como si hiciera mucho tiempo que sus piernas no se movieran. Thorvik no se confió lo más mínimo ante esta muestra de debilidad. Sabía perfectamente de lo que era capaz de hacer un enano en combate, ya que había tenido un maestro excelente en Derain. El bárbaro supuso que era muy difícil que este guardián fuera superior a su compañero, y con el convencimiento de que era capaz de superar esta prueba se dispuso a empezar la pelea. Mientras aguardaba el primer movimiento de su oponente, el enano habló.

—Veo que mi contrincante es Thorvik sem Thorgalf, el maldito por partida doble. Maldito por su hermano gemelo, maldito por la única mujer que le amó.

El bárbaro no reaccionó ante las palabras del enano.

—Veo que estoy en desventaja —dijo con calma—. Conocéis mi nombre, guardián, pero yo desconozco el vuestro.

—Soy uno de los nueve escogidos para proteger la tumba de Dalaran, el bendecido por nuestros dioses. Vinimos desde nuestros lejanos hogares con la noble misión de guardar este templo hasta que el elegido venga a librarnos de nuestra carga.

—Os he preguntado vuestro nombre, no la historia de vuestra vida, enano.

—Mi nombre es la suma de todo aquello que me ha hecho lo que soy, mi impaciente rival. Pero si insistís en ello, podéis llamarme Batu.

—Un placer, guardián Batu. ¿Empezamos?

—Me gustaría que antes me respondierais a una pregunta, si no tenéis inconveniente —dijo Batu con amabilidad esperando la venia de su rival.

—Hacedla pues.

—Durante toda mi vida el deber fue lo que le dio sentido y lo que me dio fuerzas para tomar la decisión correcta cuando llegó la ocasión. Vos, al igual que yo, también habéis puesto el deber por encima de todo a lo largo de vuestra existencia. Pero en la ocasión en la que más claro estaba el deber que debíais cumplir, fallasteis. ¿Podríais explicármelo?

—¿Sabéis lo que se siente teniendo un hermano gemelo?

—Comprendo que el intentar salvar a vuestro hermano tuviera más preferencia para vos que el salvar a vuestro pueblo. ¿Pero por qué permanecisteis con él incluso cuando ya sabíais que iba a morir?

—Cometí un error. Quise acompañarle a atravesar la Gran Barrera.

—¿Aun a costa de la vida de todo vuestro pueblo, incluso la de la mujer que amabais?

—Ya he dicho que cometí un error. No hay día en el que no me arrepienta de lo que le hice a mi pueblo, y no hay día en el que no oiga las palabras de aquellos que me maldijeron. Ésa es la razón por la que estoy aquí. Ya os he respondido. Ahora, luchemos.

—Gracias por responderme, Thorvik sem Thorgalf —dijo el guardián con su voz de ultratumba haciendo una ligera inclinación con su cabeza—. En verdad os deseo que algún día vuestra alma encuentre la redención que buscáis.

Otros muchos habían intentado perturbar la concentración de Thorvik antes de un combate. Los insultos y las bravuconadas eran lo más habitual, aunque estratagemas destinadas a distraerle o a engañarle también eran bastante corrientes en su amplio historial de peleas. Nunca habían funcionado. Pero compasión y comprensión era lo último que se esperaba antes de empezar un combate y, enfadado consigo mismo, se obligó a concentrarse ante el duelo que se avecinaba.

Saludó brevemente a su contrincante. No hubo más palabras. Ambos se colocaron en posición de lucha. Como bien había previsto el bárbaro, el primer ataque del enano fue fulgurante, olvidada ya su lentitud inicial. Pero Thorvik no se esperaba otra cosa, y detuvo el ataque con firmeza. Sus músculos aullaron cuando las dos armas se encontraron. Si le quedaba alguna duda al respecto, en ese mismo instante se le despejó. No se estaba enfrentando a un enano normal, ya que de algún modo desconocido para el bárbaro su fuerza estaba multiplicada, como si estuviera luchando con la fuerza de cinco o seis enanos a la vez. A su alrededor, la tranquila mirada que tenía Ralish cambió rápidamente a una de inquietud.

El siguiente ataque ya estaba de nuevo sobre él, pero esta vez se conformó con desviar el peligroso filo de su hacha lejos de su alcance. Thorvik supo ya en ese mismo instante la táctica que tenía que utilizar. Parar sus ataques sólo serviría para agotarle rápidamente, así que se tendría que conformar con desviar o esquivar sus ataques a la espera de un fallo de su oponente, aunque significara que tendría que gastar demasiada energía sólo para defenderse. Batu continuó su ataque incesante con una rapidez que volvió a sorprender a su oponente, pues era extrañamente rápido para un miembro de su raza.

Pero Thorvik tampoco era un hombre normal. Aunque empezó a retroceder debido a los golpes de su rival, lanzaba certeras estocadas entre golpe y golpe que obligaban al enano a utilizar su arma para algo más que para atacar. Incluso llegó a alcanzarle en alguna ocasión, pero la increíble armadura del guardián amortiguó el golpe. Se demostraba nuevamente que no había armadura comparable a la forjada por un maestro armero enano. Durante unos momentos más continuó así el combate. El bárbaro supo entonces que si seguía así no iba a poder ganar, pues Batu parecía tener una resistencia increíble al cansancio, y a él en cambio ya le empezaba a faltar el aliento. Pero todo este tiempo esquivando y defendiendo le había servido para mucho. Ya había analizado la técnica de su oponente y, como bien le había aconsejado Derain en una ocasión, su rival cometía un fallo característico de casi todos los enanos. Al atacar había ocasiones en que utilizaba demasiada fuerza en sus golpes, y eso hacía que dejara su guardia abierta durante una breve fracción de segundo. Si esperaba su oportunidad quizás podría utilizarla para decidir el combate a su favor.

Durante el siguiente minuto continuó el baile macabro, el enano lanzando terribles golpes y el bárbaro esperando su oportunidad. Y entonces sucedió. Batu se excedió en uno de sus golpes y Thorvik atacó con todo. Agarrando con las dos manos su espada, golpeó en horizontal buscando el corazón del enano; pero la armadura de éste era tan buena como él había temido, y resistió el golpe. No perdió su tiempo en maldecir su suerte, sino que intentó esquivar con todas las energías que le quedaban el ataque, que ya surcaba el aire buscando su sangre, sabiendo con antelación que sus fuerzas no iban a ser suficientes. El hacha alcanzó su costado, pero la increíble agilidad del bárbaro y el hecho de que el golpe con su espada hubiera desequilibrado brevemente al guardián hicieron que la ofensiva no fuera letal.

Los contendientes se separaron. El bárbaro jadeó mientras se sujetaba el costado izquierdo con su mano, tratando de alejarse lo más rápidamente del próximo ataque, que sin embargo no se produjo. Batu se había quedado quieto en su posición, sujetando de nuevo su arma del mismo modo que antes de comenzar el combate. Estaba dejando un margen para la recuperación de su rival.

Thorvik se miró la herida rápidamente, comprobando cómo su mano se llenaba de sangre. Pero no fue más que un vistazo, pues rápidamente volvió a mirar a su oponente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no seguís atacando? —inquirió enfadado.

—Sois sin duda el mejor rival al que me he tenido que enfrentar desde que empecé mi guardia hace ya largo tiempo —respondió con su cavernosa voz—. Se me ha permitido conocer vuestra historia, y por eso os digo que no deseo acabar con vuestra vida de esta forma. Es mi deseo daros la oportunidad de desistir de vuestro empeño para que volváis por donde habéis venido. No moriréis hoy, y seréis los primeros en varios siglos que han contemplado el Templo de Ukumba y han vivido para contarlo.

—No me importan los siglos que hayan pasado —replicó enfadado Thorvik—. Estamos inmersos en un combate singular. No deseo vuestra clemencia ni vuestra piedad, del mismo modo que no pienso dárosela a vos en el caso de que os venza. Espero que sea la última vez que me insultáis de semejante manera.

—Disculpad si mis palabras os han ofendido. Os aseguro que no pretendía causaros la impresión de ser clemente para con vos. Simplemente no me gustaría que unos seres que tienen tanto poder para luchar contra aquel que destruyó a nuestro Dios perdieran la vida a mis manos, pudiendo continuar su lucha en otros tantos sitios donde sin duda será necesario su poder.

—Os recuerdo que no he sido yo quien ha provocado este combate, guardián Batu. De hecho, si estoy peleando es para poder tener una oportunidad de victoria con aquel que destruyó a vuestro Dios. Si en verdad tanto os molesta esta situación, no tenéis más que dejarnos pasar al interior del templo.

—Imposible. Mi deber me impide concederos vuestra petición.

—¿Entonces a qué viene tanta palabrería? —preguntó hastiado el bárbaro—. Es exactamente igual en mi caso. Mi deber me exige que entre en ese templo para poder continuar con nuestra misión.

—No se hable más entonces. Continuemos la lucha. Esta vez os aseguro que no detendré mi brazo.

La herida de Thorvik continuaba sangrando sin parar, pero no era tan profunda como para impedirle continuar el combate. Antes de cruzar su espada con el hacha de su rival, observó que su golpe anterior no había sido en balde. La increíble armadura de su oponente se había levantado en el punto que había golpeado, y ahora veía un camino directo al corazón de su oponente. No desaprovecharía su ocasión si se presentaba de nuevo.

Dharon observó con el alma en vilo cómo el combate continuaba. Sin embargo la balanza parecía que se había decantado definitivamente hacia el lado del enano. La situación se hizo cada vez más desesperada para Thorvik, ya que la herida de su costado le había hecho ralentizar sus movimientos, y ya no podía continuar con la misma táctica de antes. El duark notó los gestos que surcaban el rostro del bárbaro cada vez que debía bloquear el ataque del guardián. Su brazo temblaba, como sacudido por un rayo, mientras sus músculos resaltaban con fuerza en la sudorosa piel del héroe. Muy pronto se hizo evidente que no iba a poder aguantar mucho más. En una de estas acometidas, el bárbaro salió despedido hacia atrás, desequilibrado, y tuvo que echar rodilla al suelo para evitar caerse. El enano vio su oportunidad. Levantó su hacha y se dispuso a partir al bárbaro por la mitad. Pero cuando el hacha surcaba el aire, el bárbaro reaccionó de una manera imposible. Retrocedió lo suficiente como para que el hacha le pasara rozando el tórax y antes de que nadie viera el siguiente movimiento su espada ya se había incrustado en el corazón desprotegido del enano. Dharon oyó la exclamación de alegría de Jarvil al ver la hazaña que había realizado el bárbaro, pero ni él ni el resto del grupo compartió su alegría. Cuando observó cómo el bárbaro se desplomaba, a su vez vio confirmados sus temores. No había esquivado del todo su golpe. Se acercaron rápidamente a socorrer a su compañero y vieron cómo la sangre manaba de una herida que le atravesaba desde el pecho hasta el estómago. Ralish la examinó con rapidez.

—Es bastante profunda, pero podremos curarle si actuamos con celeridad. Yo evitaré que muera desangrado. Mientras tanto, Aslara, utiliza tu don.

La mujer, arrodillada junto al bárbaro, miró asustada al mago.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡No puedo curarle!

—Te he dicho que lo hagas, mujer.

—¡Pero podría contagiarle la maldición duark!

—Ése es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

La mujer miraba con incredulidad al mago.

—Pero, pero... es una insensatez. Nunca he estado unida a dos personas al mismo tiempo. El riesgo es terrible. Me podría volver loca.

—Mujer, ése es otro riesgo que estoy perfectamente dispuesto a correr. Lo que no voy a hacer es dejarlo morir aquí cuando vamos a necesitar sus habilidades en el interior del templo.

—Te has vuelto loco, mago. No tienes ni la más remota idea de lo que me estás pidiendo. Podría...

—¡Basta, Aslara sem Belerinor! No voy a continuar oyendo tus excusas ni un segundo más. No te lo estoy pidiendo. Hazlo. Ahora.

Dharon estaba junto a ellos. Incluso con su máscara puesta estaba claro que la tensión entre la mujer y el mago le estaba afectando. Su mano estaba sobre su costado, agarrando su daga con fuerza, aunque sin desenvainarla aún. Todo su ser le gritaba que defendiera a Aslara, pues era evidente que estaba a punto de estallar la violencia a su alrededor, y no podía permitir que a la mujer le pasara nada malo. Impotente, observó la situación sin osar aún intervenir. Con su mente le estaba gritando a Aslara que cediera a las exigencias del mago, porque en los ojos de éste se encontraba la muerte. Finalmente, la mujer cedió, pues puso las manos sobre el pecho del bárbaro y cerró los ojos. Durante unos momentos eternos no sucedió nada, y Dharon temió que la mujer no fuera capaz de realizar lo que el mago le pedía. Pero de pronto, ante los asombrados ojos del duark, la magia de la mujer empezó a funcionar, y la tremenda herida paulatinamente fue dejando de sangrar hasta que, lo que antes era un río de sangre, se transformó poco a poco en una gran cicatriz que ocupó su lugar. La cabeza de Aslara se había ido inclinando lentamente mientras realizaba la curación, hasta tal punto que su pelo se había mezclado en gran medida con la sangre del bárbaro. Había terminado, y el cansancio había hecho que apoyara su cabeza sobre el torso desnudo de Thorvik, como si ambos fueran dos amantes unidos en un abrazo placentero.

Dharon observó entonces cómo el bárbaro abría los ojos al recuperar la conciencia. Miró a la mujer que tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y no necesitó más para imaginar qué había pasado. Sin mover ni un músculo, sus ojos se encontraron entonces con los del mago y le mantuvo la mirada sin decir nada.

—Bien luchado, bárbaro.

Al oír la voz del mago, la mujer alzó bruscamente la cabeza de su cómoda posición. Miró primero al mago, luego al bárbaro, y una miríada de expresiones le cruzó el rostro antes de llevarse las manos a su rostro, mientras un quejido surgido desde lo más profundo de su alma daba paso a unos sollozos incontrolables. Se levantó, se echó la capucha de su capa sobre su cabeza y se marchó rápidamente con Jarvil y las monturas. Dharon hizo ademán de ir tras ella, pero antes miró al bárbaro. Éste, al notar la mirada del duark, se incorporó y se puso en pie.

—¿No vas a ir tras ella? —le preguntó a Dharon.

—Eso mismo iba a preguntarte yo —respondió el duark.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

El duark permaneció quieto un momento calibrando las palabras del bárbaro, buscando quizás averiguar su significado. Llegara a una conclusión o no, lo cierto es que finalmente se dio la vuelta y fue tras ella.

El mago estaba mirando con curiosidad al bárbaro.

—¿Ha usado su don para curarme, verdad?—preguntó Thorvik.

—Sí.

—Pues en verdad es curioso, porque no siento nada distinto en mi interior —dijo mirándose las manos como si tuviera que encontrar algo diferente en ellas.

—¿No? —inquirió el mago mirándole de una forma muy curiosa—. Sorprendente.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, ya pensaré en ello en otro momento. Ahora, si nuestros anfitriones no tienen nada que objetar, ¿por qué no entramos al templo?

Miró a su alrededor. Los veinte enanos que antes de la pelea les rodeaban se habían colocado en un semicírculo en la entrada del templo, impidiéndoles la entrada. Thorvik fue a recuperar su espada, que continuaba en la misma posición que la dejó. El guardián Batu no había caído, sino que permanecía de pie, con su hacha clavada en el suelo y la espada del bárbaro hundida en su corazón. Si no fuera por ese detalle, cualquiera volvería a asociar su efigie con la de una estatua. En cuanto la retiró, se dispuso a hacer cumplir la palabra dada por el enano antes de la pelea. Pero en ese momento, Thorvik sem Thorgalf se llevó uno de los mayores sustos que jamás había tenido a lo largo de toda su existencia, pues de pronto Batu levantó de nuevo su hacha y se volvió a colocar en posición de combate.

—¡Por todos los Dioses! —exclamó.

—Tranquilizaos, hijo de Thorgalf —exclamó el guardián mientras volvía a colocarse en posición de guardia—, pues habéis superado la prueba y demostrado ser dignos de entrar al templo.

—¿Es eso cierto? —preguntó al cabo de un rato sin bajar su arma.

—Yo nunca miento —dijo Batu mientras el resto de enanos saludaban con respeto al bárbaro antes de volver al interior del templo con ritmo marcial, dejando libre el acceso al mismo—. No os impediremos la entrada a ninguno, aunque me temo que vuestras monturas no podrán pasar por esta entrada.

—¿No les ocurrirá nada malo aquí fuera?

—Lo peligroso está dentro, no fuera.

—Una última cuestión, guardián Batu. Si no superamos las pruebas que nos esperan ahí dentro, ¿les dejaréis volver en paz a su poblado?

—Sólo damos muerte a aquellos que desean entrar al templo. Vuestas monturas podrán irse sin sufrir daño alguno.

—¿Eso podría extenderse entonces a nuestro escudero Jarvil? —preguntó de pronto el bárbaro señalando a la figura no muy lejana del posadero—. No deseamos que nos acompañe al interior de este lugar de muerte.

—No hay problema al respecto, aunque faltéis a la verdad al llamarlo escudero.

—¡No! —exclamó Jarvil de pronto acercándose a la carrera después de oír al bárbaro—. Señor Thorvik, mi señor mago, no me dejéis fuera. Quiero entrar. He llegado hasta aquí y quiero ver lo que se oculta en el interior del templo.

—No vamos de visita, mi buen Jarvil —le respondió el mago—. No puedo garantizar tu protección si nos acompañas.

—Sé luchar. Dadme una espada y no tendréis que preocuparos por mí.

—Antes de continuar con esta conversación, déjame advertirte que en este templo hay un poder desatado que hace que los espíritus de los aquí fallecidos queden atados a este lugar. Te arriesgas a algo mucho peor que la muerte si entras con nosotros ahí dentro, Jarvil.

El posadero palideció visiblemente al oír esas palabras.

—Aun así —aseguró con entereza—, lo que está sucediendo aquí ahora mismo puede ser lo más importante que esté sucediendo en el mundo en estos momentos, y quiero ser partícipe, no un mero peón del que se puede prescindir.

—No seré yo quien te impida cumplir con tu voluntad —afirmó el mago—. No quería añadir tu muerte a mi conciencia. Los dioses saben que ya tengo una lista suficientemente larga de muertos a mi cargo.

—Gracias, mi señor mago.

—En verdad no son necesarias. Me temo que de aquí a no mucho tardar te vas a arrepentir de haber tomado esta decisión.

Pero aun mientras decía estas últimas palabras su atención se había vuelto hacia Aslara. Con la capucha aún ocultándole el rostro en penumbras, se acercaba andando con Dharon a su lado. Se detuvo frente a él.

—Me habrías matado —afirmó desafiante. El mago no contestó—. Me habrías matado sin dudarlo y me habrías dejado aquí mientras los demás continuabais con la misión.

El mago la miró. Su mirada estaba desprovista de toda emoción cuando le contestó.

—Vuelves a equivocarte, mujer. Yo nunca habría hecho eso.

—Mientes. Reconozco a la muerte cuando la veo, y tú la tenías en tu mirada.

—En eso tienes razón, hija de Belerínor. Pero no me has dejado terminar. Decía que te equivocabas porque si el bárbaro hubiera muerto no sólo te habría matado a ti. Dharon, debido a la maldición que os une se hubiera vuelto loco y habría intentado matarme, lo que no me habría dejado más remedio que acabar con él también. Eso habría hecho que los zalgis a los que estáis unidos se volvieran locos a su vez y habría tenido que sacrificarlos. Ello haría imposible que se pudiera deshacer la maldición duark que os afecta, por lo que, al no acabar con Latz, hubiera significado el final de su raza y de su pueblo. Entonces nos habríamos quedado solos Jarvil y yo. Y entonces la cosa se habría complicado. Porque me temo que habríamos encontrado una muerte espantosa y cruel ahí dentro, pues no creo ser lo suficientemente poderoso como para enfrentarme con las fuerzas que guardan la tumba de Dalaran en el interior del templo. El alma de Jarvil habría quedado atada a este lugar, convertido en un espectro; y con mi caída el mundo habría perdido la última esperanza que tiene de hacer frente a Kordoch y a su dragón, condenando a miles de seres a una muerte cruel y a una vida de esclavitud. Eso es lo que habría sucedido si hubieras dejado morir al bárbaro. Y ahora, ¿entramos al templo? —concluyó el mago dándose la media vuelta para adentrarse en la oscuridad del templo, mientras dejaba a sus espaldas los rostros horrorizados de sus compañeros de maldición.